

ESTELA

ALBA QUINTAS GARCIA DÍAZ



LA
MEMORIA
DEL
ERRANTE

FANDOM BOOKS

1.ª edición: abril de 2021

© Del texto: Alba Quintas Garcíandía, 2021
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S.A.), 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García
Diseño de cubierta: Medusa Dollmaker

ISBN: 978-84-18027-44-4
Depósito legal: M-5365-2021
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ALBA QUINTAS GARCIANDIA

LA
MEMORIA
DEL
ERRANTE

CRÓNICA
DE LOS
TRES REINOS
I

FANDOM BOOKS

A los imprevisibles

«Los movimientos de los cuerpos celestes
se han vuelto más previsibles,
pero los pueblos aún son incapaces
de calcular los movimientos de sus soberanos».

—BERTOLT BRECHT,
Vida de Galileo

«Si en el firmamento poder yo tuviera,
esta noche negra lo mismo que un pozo,
con un cuchillito de luna lunera,
cortaría los hierros de tu calabozo.
Si yo fuera reina de la luz del día,
del viento y del mar,
cordeles de esclava yo me ceñiría
por tu libertad».

—LOLA FLORES,
Ay, pena, penita, pena

PRÓLOGO



«**I**maginemos, dice el Oráculo, imaginemos...».

Imaginemos una isla gigantesca, tan grande que muchos de nosotros la llamaríamos continente, tan grande que todos nos preguntaríamos cómo el mar ha dejado que la tierra conquiste tanta de su superficie. Imaginemos una isla tan grande que puede ser un mundo por sí sola, que es nuestro mundo, o al menos uno de los muchos que podemos habitar. Quizá sea imaginándolo como podamos hacerlo nuestro. Quizá no existiera antes de que lo empezáramos a imaginar.

Y quizá, ¿quién sabe?, sea narrándolo como lo hagamos real.

Ahora imaginemos que, en ese mundo cuyos límites son el mar y nuestra imaginación (¿acaso existe alguna diferencia entre ambos?), conviven tres reinos completamente diferentes entre sí.

Tres, ni uno más ni uno menos. Tres, porque así lo hemos imaginado y, por lo tanto, así es.

Imaginemos al primero de esos reinos: Nevásile.

Imaginemos un reino de ciudades de columnas, de grandes campos cultivados y de hombres y mujeres de sangre caliente. Así es Nevásile, el reino de la fortaleza y de la acción, el reino en el que el pasado carece de importancia porque el ahora es todo lo que se tiene (o a eso se intentan aferrar sus ciudadanos) y el futuro nunca llegará; todo es presente, siempre presente, eterno ahora. Nevásile es como

una máquina bien engrasada: los agricultores trabajan sus tierras fértiles sin descanso, los transportes viajan por sus caminos con tanta facilidad como la sangre viaja por las venas, las ciudades observan y ordenan, el ejército siempre está a punto, sus habitantes no desfallecen.

Aunque hay un fallo en Nevásile: lo hemos imaginado como un reino..., pero no tiene rey.

Y eso, por razones que no vienen al caso, nos molesta.

Lo tuvo. Claro que lo tuvo. El último rey de Nevásile fue un hombre hecho de tierra roja, tan áspero e imprevisible que era incapaz de encajar en el perfecto movimiento de engranajes que parecía el funcionamiento de su reino. Era una pieza rota, con defectos; en definitiva, algo que sobraba.

Imaginemos a un rey que sobra en su propio reino.

Ese rey tenía un hijo y un hermano. Podríamos imaginar al príncipe, pero imaginar príncipes es algo que hacemos demasiado a menudo y que no supone un gran esfuerzo, así que imaginemos al hermano. Al traidor, porque, sí, fue un traidor que ayudó a escapar a la prisionera más peligrosa de Nevásile a uno de los reinos vecinos y vendió los secretos de su propio país. Y por eso cuando lo supo nuestro rey de tierra roja no tuvo más remedio que ejecutar a su propio hermano, incluso a costa de silenciar a la voz que le advertía de que familia solo hay una y que, una vez que la rompes, es como la porcelana, imposible de reparar por completo.

Y quizá por eso nuestro rey escogió a la hija del traidor, a su sobrina, como tabla de salvamento de la poca conciencia que le quedaba.

Imaginemos a una niña más valiente que un pájaro que echa a volar en medio de una tormenta. Imaginemos a una adolescente que creció arrancando su aprendizaje y su madurez de los propios dedos del tiempo. Imaginemos a una mujer joven que está convencida de que nació por y para gobernar el reino que es su hogar.

Si imaginamos todo eso, tendremos a quien ahora gobierna Nevásile: Loto, la tirana.

Aquella que se rebeló contra su tío y rey, el hombre que la había criado.

Aquella que combinó un golpe militar con una revuelta del pueblo, un pueblo que quería más a nuestra joven que al rey de tierra roja.

Aquella que desde entonces gobierna por y para su gente y que reprime con mano dura las intrigas y las excentricidades de la nobleza. Esa es Loto, la Tirana bajo el Sol. Y en esa situación está Nevásile, el reino más grande y poderoso de nuestro mundo. Así hemos de imaginarlo, ya que así es desde que el Oráculo puso sus ojos en él.

Pero hemos hablado de la existencia de otros dos reinos, ¿no es así?

Imaginemos ahora Lópreni, el pequeño, pobre y aun así siempre temible Lópreni.

Unas montañas que sirven de frontera, un trozo de costa y un desierto en el que nunca dejas de sentir la arena entre los labios; no hay mucho más que imaginar de Lópreni, ese espacio del mapa que se encuentra entre los dos gigantes que parecen los reinos colindantes a su lado. Lópreni era una tierra de tribus nómadas tan pacíficas como pobres, pero sus dos vecinos tomaron la costumbre de mandar allí exiliados a los desertores de sus respectivos ejércitos. Por eso, ahora debemos imaginar Lópreni como lo que es: una dictadura militar, encabezada por los autodenominados Tres Generales. Un pequeño reino en el que unos desesperados con armas mandan sobre unos desesperados indefensos y en el que a casi nadie le queda algo por perder, por mucho que ellos no quieran admitírselo.

Pero hay algo en Lópreni... Dicen que, entre las dunas de sus desiertos, los espejismos son demasiados reales como para ser considerados visiones. Dicen que algunas de las viejas que se ofrecen a predecir el futuro en los campamentos ambulantes aciertan siempre el día de tu muerte. Hay algo, sí...

Por todo ello, los otros dos reinos respetan a Lópreni, con ese respeto que nace del temor. Y también porque Lópreni, en su humildad, tiene un ejército capaz de disuadir cualquier intento de ataque o enfrentamiento. Un ejército con las tácticas, los secretos e incluso los prisioneros del reino vecino. Y eso Nevásile lo sabe bien. Fueron esos secretos y esas fugas lo que le costó el exilio al propio hermano del antiguo rey. ¿No nos encaja ahora todo?

Imaginemos un reino débil, muy débil, pero con una extraordinaria e inmediata capacidad de destrucción.

Entonces lo respetaremos. Puede que le impongamos cierto bloqueo. Pero desde luego nunca querremos que se sienta amenazado, porque alguien débil amenazado ataca con facilidad, alguien débil amenazado estalla.

Así es Lópreni y así debemos imaginarlo. O así imaginamos Lópreni y, por lo tanto, así es.

Dos de tres. Pero aún hay un vacío considerable en el mapa por explicar, porque falta un reino importante. Y este sí que es un reino de verdad, con su monarca, con su nobleza, con sus vasallos. Con sus pretensiones. Con su rigidez.

Imaginemos Estela. Imaginemos Estela porque es nuestro escenario, el mejor escenario que podríamos haber pedido para narrar la historia que le llega al Oráculo en sus visiones, para contar aquello que no entendemos de lo que imaginamos.

Estela es el reino de los inmóviles bajo la bóveda celestial. Estela es el reino que adora a las estrellas. Estela es el reino que solo cree en aquello que no puede comprender, en un universo que no puede medir, pero que aun así adora mirando al cielo, siempre al cielo, como si todo lo que ocurriera a ras del suelo fuera despreciable. Al comienzo de los tiempos, alguien miró al firmamento en Estela y decidió que la astronomía debía ser su única religión. Y lo mantuvieron, porque Estela es el reino de los inmóviles, de los que conservan, de los que se aferran al pasado y a lo que no cambia.

Todo universo necesita un centro y los habitantes de Estela lo encontraron en su familia real. Imaginemos una familia real; ¿quién podría formar parte de ella? El viejo rey esculpido en granito, Fobos; su esposa muerta, la reina Dismomia; y sus dos hijos, tan distintos entre sí que no pueden sino adorarse: Nolan y Reira, príncipes de Estela.

Reira, la princesa que se cree enferma.

Nolan, el durmiente al que nadie sabe cómo despertar.

La historia de Nolan es una historia compleja que debemos imaginar para comenzar a narrar.

Veamos...

Imaginemos un arte que parece imposible, una labor de creación más allá de las capacidades humanas. Imaginemos a un grupo de personas capaces de hacer real lo irreal, capaces de crear... palacios mentales.

Solo ellos sabían cómo. Solo ellos sabían en qué dimensión. ¿Lo que pensamos e imaginamos existe en nuestro mundo, en otro o no existe en absoluto? ¿Qué es real y qué no? Eso es lo que estos maestros plantearon a todos con su arte. Pero en un lugar como Estela, un reino con una gran cantidad de intrigas, de información confidencial, de estrategias políticas y de luchas por los distintos tipos de poder, aquellos extraños lugares perdidos en la memoria, en los que se podía guardar toda la información que debía permanecer en el más absoluto secreto, valían su peso en oro. Era un método mucho más fiable que cualquier archivo y, por muy despreciados que fueran los maestros de palacios mentales, se les confiaba secretos que, de saberse, podían costarles a muchos la propia vida. O algo peor: la conciencia.

Dos eran los gremios de maestros de palacios mentales: el gremio de Locci, que creaba sus palacios a partir de edificios reales; y los maestros de Utopía, que, como nosotros en este momento, los imaginaban. Ambos despreciados por igual, incluso por sus propios clien-

tes, porque ¿qué podía esperarse de gente que se volvía hacia su propia mente en un reino de adoradores de lo exterior, de las estrellas?

Pero los palacios de la memoria, como la propia mente humana, no son inconquistables. Y para meterse en la mente del otro, ¿qué es lo que hace falta?

Ponerse en su lugar.

Hace falta empatía.

A eso se dedicaban los soldados de Empatía: a colarse en palacios mentales ajenos. A romper las defensas de sus creadores. A veces, a destruirlos; a veces, tan solo, a robar algo de los secretos que contuvieran. Los soldados de Empatía debían olvidarse de su propia identidad y comprender cada uno de los pensamientos y de los deseos del otro hasta lograr convertirse en él, para abrir las puertas del palacio. Pero corrían un gran riesgo: si el creador del palacio se daba cuenta de la intrusión a tiempo, podía defenderse. Podía incluso encerrar al empático. Podía hacerle prisionero en su propia mente, de forma que el maestro de Empatía se quedaba inconsciente en el mundo real y, hasta que su carcelero no lo permitiera dejando escapar a su conciencia, no podía despertar.

Imaginemos la conmoción en el palacio real de Estela cuando Nolan, príncipe del reino, heredero a la Corona de Fobos, fue encontrado en este estado.

Nadie se lo podía creer.

Nolan, un soldado de Empatía.

Nolan, prisionero de un palacio mental desconocido.

Quizá las bellas durmientes también podían ser hombres.

Como podemos imaginar, esto no se quedó aquí. Fobos, nuestro rey tallado en granito, no iba a permitir que su hijo fuera prisionero de algo desconocido. Y por eso tomó una de esas decisiones que él tan bien sabía tomar: las más prácticas, sin importar lo que conllevaran. Porque, pasara lo que pasara, una cosa estaba clara: la piedad no puede rajar el granito.

Fobos mandó ejecutar a todos los componentes de los dos gremios de los palacios mentales. Lo mandó diciendo la verdad: «Los quiero a todos muertos».

¿Quién necesita mentir, siendo rey de Estela?

Fue lo que se conoció como «la Purga». Todos los maestros fueron perseguidos, a lo largo y ancho del reino, y ejecutados. Todos. O eso pensaron, porque, incluso con esas, el príncipe no despertó.

Algún maestro se había salvado, pese a todas las medidas y los controles.

Quién lo hubiera dicho.

Así que imaginemos el momento actual en Estela, con el ya anciano rey Fobos y el bello durmiente Nolan. El rey es consciente de que su situación es insostenible y, por ello, ha tomado una decisión: ha presentado una moción a la Cámara del reino para que la línea sucesoria de Estela pase de Nolan a su hija, la princesa Reira.

La Cámara, encargada desde tiempos inmemoriales de asegurarse de que los monarcas buscan el bien de Estela y no alcanzar sus metas personales, va a reunirse. La Cámara votará entre susurros de «Vaya pena, Nolan había nacido para ser rey» o «Reira es buena muchacha, ¿pero podrá...?».

Y más bajo aún se oirá la palabra «enferma» en relación con la princesa.

Y más bajo aún se oirá también «engaño» referido al príncipe.

Pero sin duda las palabras que más alto se escucharán serán las del rey Fobos, y eso, a fin de cuentas, es lo que importa.

La votación de la Cámara para darle la Corona de Estela a Reira. Aquí, dice el Oráculo, comienza nuestra narración.

Imaginémoslo todo.

Imaginemos Nevásile y Lópreni. Imaginemos a Loto y a los Tres Comandantes. Imaginemos Estela. Imaginemos su palacio real, su familia real, su corona real.

Imaginemos para que todo sea cierto. Imaginemos para que podamos narrarlo. Imaginemos para que las visiones del Oráculo se conviertan en historia.

Imaginémoslo todo como lo hemos descrito, porque así es.

Imaginémoslo antes de entrar de lleno en esa isla tan grande que muchos de nosotros llamaríamos «continente».

Imaginémoslo para que la historia también sea nuestra.

Imaginemos, dice el Oráculo...

REINA PARA LOS HOMBRES



El camino de Dramansa al palacio real nunca le había parecido tan largo a Rod, a pesar de que llevaba haciéndolo todos los días desde que cumplió los quince veranos. Transcurría por una especie de eral, sin apenas vegetación durante el recorrido y cuyas únicas alteraciones eran esas subidas y bajadas propias de los terrenos siempre desnivelados de Estela que machacaban las rodillas de todos los transeúntes.

Como de costumbre, no iba solo por los márgenes de aquella calzada empedrada. Muchos de los habitantes del pueblo de Dramansa trabajaban en el palacio, así que a primera hora de la mañana esa ruta parecía una auténtica procesión. Carros con comida, animales cargados con mercancías y, sobre todo, sirvientes. Eran tantos los trabajadores al servicio de la realeza que resultaba imposible conocerlos a todos. Por eso, Rod caminaba junto a su primo Trébol, uno de los encargados de supervisar la comida que entraba en las cocinas reales.

Su primo nunca se levantaba de buen humor y, aquel día, a pesar de su importancia, no fue una excepción.

—Ojalá lleguemos pronto... —suspiraba a cada paso.

Rod acabó por sonreír.

—Estamos nerviosos, ¿no lo sientes? Todos los que vamos a palacio.

Trébol miró a su alrededor y asintió. Conversaciones demasiado altas o forzadas, ceños fruncidos en algunos casos, alegría a duras penas contenida en muchos otros. Pero nada era normal aquel día.

La Cámara había sido convocada. Los protectores del reino iban a votar a favor o en contra de la moción del rey para que su hija pequeña fuera la heredera al trono de Estela.

El camino estaba más transitado que nunca, y no era para menos. Los cincuenta y cuatro protectores del reino tenían que llegar desde todos los rincones del reino a palacio, donde se constituiría la Cámara. Haría falta más comida, más servicios, más entretenimientos; sobre todo si, como se esperaba, también habría después una celebración en honor a la nueva heredera. Nadie quería perderse un acontecimiento tan importante y, por eso, todas las personalidades del reino, e incluso del vecino Nevásile, acudirían. Una de las obligaciones de la familia real de Estela era ofrecer siempre la mejor acogida posible a todos.

—Te miran —observó Trébol, y señaló con disimulo a un grupo de personas cercano. En efecto, estos susurraban en su dirección con muy poco disimulo. Uno incluso intentó saludarlos con la mano, aunque no lo conocían de nada.

Rod continuó con los ojos alzados al frente, sin amedrentarse. No podía dejarse arrastrar por aquello.

—Es natural —dijo simplemente.

—No sé cómo te han dejado venir hoy a pie.

—Reira me ofreció su carruaje, pero lo rechacé. Le dije que era el peor día de todos para mostrar deferencia hacia su sirviente.

—Estoy seguro de que, de haberlo sabido, su padre no lo hubiera permitido. Estarías ahora mismo entre cojines de terciopelo rojo con un moratón en el culo por cada bache del camino.

Se echaron a reír, a pesar de que Trébol tenía razón; aquel día, su primo se llevaba muchas miradas mal disimuladas de todos los que trabajaban con él. Más específicamente, de todos los que sabían cuál era su puesto dentro del palacio: el del cuidador, asistente, ayudante personal, a veces confidente, a veces incluso amigo... de la princesa Reira.

La gran protagonista.

Rod sabía que muchos de sus compañeros se morían por tener hasta el pedazo más ínfimo de información sobre la situación actual de la princesa y, por eso mismo, mantuvo su expresión impertérrita. Le gustaba hablar, incluso a veces unirse a esa maraña de cotilleos construida y alimentada cada día por el servicio de palacio. Pero nunca soltaría ningún chisme sobre Reira. Su lealtad a la princesa, en los siete veranos que llevaba a su servicio, se había vuelto absoluta. Y en ello no tenía que ver su sangre real ni el miedo a su poder.

Reira se merecía toda su obediencia. Tan sencillo como eso.

Pensaba en ella cuando un estruendo en el camino le hizo levantar la mirada, justo a tiempo para ver un lujoso carruaje lleno de ornamentaciones adelantar a los caminantes a toda velocidad. Muchos se alejaron de él y protestaron por el polvo que levantaban sus ruedas en algunos puntos del recorrido.

—¿Un nova? —preguntó Trébol.

Dentro de los componentes de la Cámara se conocía a los dieciocho miembros de la facción conservadora como los «nova». Eran los guardianes de los intereses de las familias más antiguas y ricas dentro de la nobleza de Estela. Auténticos aristócratas, de los de barbilla alzada, piel impoluta y gestos falseados.

A Rod le faltó muy poco para escupir al verlo. Aquel que pensara que la política de Estela tenía más que ver con ideas que con sentimientos no sabía lo que decía, y se lo hubiera planteado al ver el odio en los ojos del sirviente.

—Ojalá se pudran —dijo entre dientes.

Trébol lo miró preocupado.

—Que no se te escape eso en palacio. Ni siquiera Reira podría protegerte entonces.

No era la primera vez que tenía que reprenderlo de aquella manera y, como en el resto de las ocasiones, al ayudante de la princesa le entró por un oído y le salió por el otro. Rod entendía la inquietud de su primo, pero, aun así, no podía ocultar su desprecio por los nova. No era solo por lo que simbolizaban para la gente humilde como él. También era la única facción que se oponía abiertamente a que Reira fuera reina de Estela.

Decían de ella que era débil. Decían que era frágil. Decían que no se parecía en nada a su hermano ni a su padre.

No tenían ni idea.

—Da igual lo que ellos voten.

Trébol asintió al escucharle.

—Son dieciocho de los cincuenta y cuatro, no pueden impedir nada. El resto votará a favor de la moción del rey. Será la heredera, querido primo. Y tú también ascenderás con ella. Eres su persona de confianza.

Quiso obviar lo último.

—Será una gran reina.

—Estoy seguro de ello.

Rod suspiró.

—Debes de ser el único que lo piensa.

Trébol le hizo un gesto para que bajara el tono mientras apartaba varias piedras del camino a puntapiés para disimular. Su conversación estaba siendo escuchada por oídos ajenos a ella, estaba seguro. Y eran temas que no por estar en boca de todo el reino resultaban menos peliagudos.

—Me temo —continuó Rod susurrando— que los que votarán que sí no lo hacen porque crean en la princesa, sino por

miedo al rey o por buscar una salida a la situación. Todos darían lo que fuera porque Nolan despertara.

—Nada va a cambiar el hecho de que el príncipe era muy popular, muy querido, y que fue el educado para reinar. Eso es indiscutible.

—¡Reira será una gran reina! —se encaró él.

—¡Claro que sí, pero Nolan también lo hubiera sido! ¡Tú mismo lo decías antes de que ocurriera... todo!

—Es solo que me molesta que nadie crea en ella. Que se siga oyendo el nombre de su hermano entre suspiros. Han pasado dos veranos...

—A partir de hoy, eso cambiará, estoy seguro —afirmó Trébol—. Cuando llegas al poder, todos callan.

«Si tan solo ella no se creyera lo que dicen —pensó Rod, aunque sin llegar a expresarlo en voz alta—. Si tan solo Reira pudiera creer, aunque fuera un poco, en su propia fuerza». Pero eso parecía una auténtica utopía, incluso con todo un reino movilizizado por ella.

E incluso más allá de Estela...

—Dicen... —dudó, pero la atención que Trébol le estaba prestando lo animó a continuar—. Dicen que la tirana de Nevásile está invitada. Dicen que vendrá.

Trébol asintió, muestra de que también habían llegado aquellos rumores a sus oídos. Preguntas formuladas en los recovecos del palacio, cuchicheos en los comedores del servicio, miradas que se alzaban ante la más mínima mención del reino vecino.

Desde que Loto ascendió al poder, no había pisado Estela.

—A Fobos no le hará ninguna gracia. Por mucho que haya tenido que invitarla, seguro que desea que no aparezca —afirmó Trébol.

—A mí me gustaría...

—Rod —le frenó su primo—, comentarios a favor de Loto, de su... sistema, pueden costarte algo más que tu puesto en palacio. No lo olvides.

—«La rebelión a los tiranos...»

—«... es la obediencia al firmamento». Sí. Defender lo contrario...

—Nunca lo hago. Solo digo que me gustaría verla en persona —se defendió el ayudante de la princesa.

—No sería tan descabellado que apareciera. Nevásile es un reino en época pacífica, podría permitirse este viaje.

Rod asintió y calló, tal y como su primo le aconsejaba. Pero se encontró con que caminar en silencio solo aumentaba su nerviosismo. Reira, la Cámara, la Corona, Fobos, Nolan, la tiranía, los nova... Todo daba vueltas en su cabeza en un movimiento de pensamientos que no lo llevaban a ninguna conclusión. Su cerebro intentaba anticipar qué ocurriría a lo largo de la jornada y cómo se sentiría su señora, pero por alguna razón no podía. Quizá fuera su experiencia en palacio, que le avisaba de que siempre acababa ocurriendo lo más inesperado; o quizá fueran los veranos que llevaba al servicio de Reira, veranos que no le habían servido para predecir sus reacciones. Su instinto, eso sí, se mantenía alerta.

Sabía que las votaciones importantes sacaban lo peor de los habitantes de palacio.

Pronto sus reflexiones se vieron interrumpidas por un alboroto exterior. Sin previo aviso, todos a su alrededor comenzaron a aplaudir y a vitorear a algo o alguien que atravesaba la calzada. Vio cómo a Trébol se le dibujaba una amplia sonrisa en el rostro. Él tuvo que buscar un hueco entre el mar de cabezas que lo rodeaba y ponerse de puntillas para conseguir ver a quién aplaudían. O, mejor dicho, a quiénes.

Vestían como siempre lo hacían cuando se convocaba a la Cámara: con una túnica fina del color de la arena, tela áspera,

sin joyas, sin adornos. Llevaban sus atributos, un pequeño mapa del reino enrollado y una daga recubierta de ornamentación, atados al cinturón. Por lo demás, caminaban en procesión por la calzada, hablando entre ellos algunos, otros en silencio y con gesto sereno.

Sin carruajes. Sin caballos. Iban a pie, como el resto.

Rod se unió a la ovación que los sirvientes les dedicaban. Y lo hizo con sinceridad, porque él, como la mayoría de la gente humilde de Estela, admiraba a las errantes.

La facción de los populares. Los representantes en la Cámara del pueblo, de los sirvientes, de los artesanos modestos, de la gente como Rod. La cara visible del progresismo.

La esperanza en un reino que a veces parecía de piedra.

—¡Demostradles a los nobles que estamos aquí! —les gritó un hombre. Su comentario fue recibido con aplausos y más algarabía.

El ayudante pensó, con satisfacción, que en realidad ya no hacía falta demostrar nada. Veranos atrás, el príncipe Nolan había presentado una moción para que en la Cámara se redujera el número de novas a favor del número de errantes, para que los populares fueran la facción más importante de los protectores del reino. Todos le habían advertido al príncipe que era una locura, pero él había llevado aquello hasta el final. No en vano Nolan era conocido por tener ideas... innovadoras, cuando menos, y también porque su mejor amigo, su compañero inseparable, era el líder de los populares, el marqués de Irana. Era una locura, sí. Pero el príncipe ganó aquella votación a golpe de pura fuerza y estrategia política.

Rod había escuchado muchas veces a Reira alabando a su hermano por aquella jugada.

Desde entonces, el pueblo idolatró a Nolan y la aristocracia lo respetó. Y desde entonces veintidós de los cincuenta y cuatro

protectores del reino pasaron a ser errantes. Casi mayoría en la Cámara.

Como siempre tenía que haber sido. Porque, a fin de cuentas, los sirvientes eran mayoría entre los habitantes del reino. Era lo justo.

Rod estiró aún más el cuello, afinando la vista, intentando distinguir entre las túnicas pardas el largo cabello y los suaves rasgos de Clovis de Irana. Pero no lo vio. Quizá hubiera pasado la noche en palacio, como hacía a menudo.

Irana le gustaba, podía decirse incluso que le caía bien. Las veces que había hablado con él le había tratado como a un igual, a pesar de ser marqués y una de las personalidades más importantes del reino. A veces parecía sentirse tan fuera de lugar en palacio como la propia princesa, pero aun así Clovis de Irana era mucho más que una persona, era... un símbolo. Una luz en una noche que por mucho tiempo se prometió eterna. Rod estaba convencido de que no le fallaría a Reira. Ni en la votación ni en los acontecimientos posteriores.

Hizo un gesto a Trébol para que continuaran andando.

—Deberíamos llegar pronto —le avisó—. En cuanto lleguen todos los protectores, constituirán la Cámara. Fobos no esperará más tiempo.

—Y yo tengo que alimentarlos a todos.

—Yo... quiero estar por si Reira me necesita.

Nada más decirlo, se sintió ridículo, pero Trébol sencillamente asintió. Rod agradeció que no se burlara de él.

No era que creyera que Reira necesitaba su ayuda, no. Probablemente fuera todo lo contrario. Era él, solo él, el que sentía que, si no era de utilidad para la princesa, lo que hacía no tenía sentido.

Era estúpido. Y seguramente egoísta.

Ni siquiera estaba enamorado de ella, o eso quería creer. Daba un poco igual, a fin de cuentas. La única manera en que

podía permitirse canalizar cualquier cosa que sintiera era la lealtad más absoluta.

Lo sabía y le daba igual. Recorría todas las mañanas aquel camino pensando casi exclusivamente en ella. No dejó de hacerlo después de la noche que pasó en la caravana de una mercader. Tampoco tras encerrarse con una de las lavanderas en uno de los cuartos que servían de despensas en el palacio, intentando no hacer ruido.

Qué más daba.

Si pensaba en Reira, era porque ella era la mejor persona que conocía, no había más.

Intentó quitarse de la cabeza aquello, mientras Trébol y él atravesaban el cúmulo de gente que se congregaba alrededor de las errantes. Caminaron rápido y consiguieron subir la última de las colinas. Una vez arriba Rod se permitió un descanso y aprovechó para admirar la vista.

No por conocida dejaba de ser espectacular.

Y aquel día...

—Vaya —se escuchó la voz de Trébol, a su espalda—. Nunca lo había visto así.

Rod no respondió, porque algunas cosas había que contemplarlas en silencio.

La gigantesca esfera armilar que era el palacio de Estela se alzaba ante todos los caminantes. Aquella mañana, el metal dorado en el que estaba construida brillaba más que nunca, reflejando los rayos de un sol que también formaba parte del culto al firmamento que procesaba toda Estela. Rod recorrió con la mirada cada parte del edificio, que no por conocido, no por ser su segundo hogar, dejaba de parecerle menos increíble. La primera esfera, transparente, cubriéndolo todo, reflejando el firmamento; el primer conjunto de anillas dentro de ella, con las trayectorias de las estrellas; las segundas anillas, con las trayectorias imprecisas de las errantes; y en el centro, otra esfera más

pequeña, inmóvil, representando la propia Estela. En esa última esfera estaba situada la Cámara y los aposentos del rey, porque la familia real era considerada la personificación del centro del universo.

Todo el conjunto estaba decorado con diversas inscripciones y grabados y, lo más espectacular de todo, se movía. Giraba lentamente gracias a un complejo mecanismo de engranajes y pesos que hacían posible que el palacio, como el propio universo, nunca dejara de girar. Rod rio al pensar cómo a los visitantes que acudieran aquel día al palacio real les resultaría difícil orientarse en aquel entramado de órbitas y cuerpos celestes, y cómo se marearían con el movimiento del edificio. Él ya ni lo notaba cuando estaba dentro.

La esfera armilar se levantaba sobre varias bases de forma cilíndrica, que servían de entrada al palacio. Fue al llegar a su altura cuando los caminos de Trébol y Rod se separaron. El primero entraba por la puerta destinada al servicio de cocinas, mientras que el segundo, al servir personalmente a la princesa, podía entrar por la puerta que subía directamente hacia las dependencias de la familia real.

Sus guardianes saludaron a Rod cuando se acercó. Le parecieron más serios y con la postura más recta que de costumbre; puede que supieran que en un día como aquel todos debían estar a la altura de las circunstancias. O que la indolencia se castigaría más que nunca.

El estandarte del rey Fobos en sus armaduras pesaba mucho.

Rod les devolvió el saludo y esperó pacientemente a que le abrieran. Llevaba prisa, pero no por ello dejó de alzar la mirada hacia la inscripción que coronaba aquella puerta. Entre dos rostros femeninos, alegorías del poder y la sabiduría, se podía leer lo siguiente:

«Reina sobre los hombres, pero inclínate ante las estrellas».

Rod sonrió, sin pronunciar una palabra. Quedó esperando mientras las hojas bañadas en metal dorado se separaban y le dejaban entrar en palacio.

Solo cuando se cerraron a sus espaldas y se quedó a solas se permitió abrir la boca.

—Reina *para* los hombres —dijo.

Sin más, empezó a subir las escaleras que le llevarían hasta la parte del edificio que habitaba la familia real, allí donde Reira aguardaba.

CLOVIS DE IRANA



Sentado en uno de los bordes de la cama en la que el príncipe Nolan llevaba más de dos veranos dormido, Clovis de Irana reflexionaba.

Había adquirido aquella costumbre hacía mucho tiempo. Iba a la habitación de Nolan, esa que casi nadie pisaba ya, porque, aunque les costara admitirlo, habían perdido la esperanza de que despertara, y allí se sumía en sus pensamientos, ya fuera caminando, ya fuera sentado. Los guardias lo sabían y le dejaban entrar sin preguntas, sin comprobaciones de seguridad. En aquel lugar al menos había encontrado las razones suficientes para tomar las decisiones más arriesgadas de toda su vida. Y eso, viniendo de alguien tan pensativo como Irana, era decir mucho.

Se le pegaba algo de la inconsciencia del que fuera su mejor amigo.

—Estúpido Nolan —dijo en voz alta.

Por un momento, apenas un instante, pensó que él abriría los ojos y le contestaría con su ingenio habitual. Algo como: «Si todo el mundo fuera como tú, nunca ocurriría nada, Irana». Y hubiera tenido razón, de esa manera en la que Nolan siempre tenía razón.

Lo miró. Sus cuidadores lo mantenían con los elegantes ropajes negros y plateados que él solía llevar. Su cabello rubio, casi

blanco, había crecido algo más de lo habitual. Su rostro era el paradigma del físico de los hombres de Estela: rasgos suaves, ojos alargados, piel pálida, pómulos sobresalientes, casi totalmente imberbe. Pero de Nolan poco había importado el físico, porque sus gestos, su mirada inteligente y a la vez demandante, su tono de voz siempre seguro..., su actitud, a fin de cuentas, lo marcaban todo.

Esa actitud que hacía que cada vez que entraba en la Cámara se callaran todos los protectores del reino.

Esa inteligencia que no había podido salvarle de caer en la trampa de un maestro de palacios mentales.

«Estúpido Nolan».

—Si tú estuvieras despierto, el reino no estaría metido en esta encrucijada y yo me ahorraría muchos de los problemas que me vienen. Ahora mismo podría estar cuidando del funcionamiento de mi propio palacio, confiando en que puedes soportar a tu padre. Tenlo presente, príncipe.

Sabía que se hubiera molestado por lo último. Lo hacía cada vez que Irana le recordaba la diferencia de estatus entre ambos. Y también sabía lo que hubiera respondido a aquel reproche: que el reino siempre estaba en una encrucijada.

Lo cual era demasiado cierto cuando se hablaba de Estela.

Ni siquiera tenía nada de especial para Clovis de Irana el poder leer la mente de su príncipe, incluso dormido. Había sido así desde el comienzo. Siempre había conocido la forma de pensar y de actuar de aquel hombre que tan impredecible le parecía al resto del mundo. Demasiadas horas juntos, demasiados secretos compartidos, valores e ideas similares, una voluntad que en el momento en el que se juntaban los dos era irrompible.

Clovis de Irana era una de las figuras más contradictorias del reino de Estela. Su padre, ya fallecido, había sido un empre-

sario muy importante, un gran organizador de espectáculos y celebraciones. Con su negocio dedicado al ocio y sus múltiples compañías y clientes, se había vuelto rico, tan rico que había adquirido el título de marqués sencillamente comprándolo, que luego había heredado su hijo Clovis a su muerte. Sin embargo, el ya marqués de Irana había hecho algo muy distinto a lo previsto por todos: había repartido sus tierras entre los campesinos más necesitados de la zona y, en su mansión, había montado un orfanato que mantenía a expensas de la fortuna acumulada por su padre.

Gracias a sus acciones, la popularidad del marqués de Irana entre el pueblo había crecido como la espuma, y su nombre había llegado con fuerza a palacio, hasta el punto de ser invitado a formar parte de las errantes.

Todavía muchos se escandalizaban en la corte al ver a un falso noble, como lo llamaban, líder de la facción más numerosa de la Cámara. Pero se callaban, se callaban porque todos sabían que Irana era la mano derecha del príncipe Nolan. Y eso, desde luego, era ser alguien.

Incluso tras el «accidente», como la mayoría lo llamaba, del heredero, Clovis de Irana era respetado en palacio. Un extraño, casi un forastero, pero un forastero poderoso e intocable.

Nadie sabía cuánto, en realidad, pero esa era otra historia.

El marqués jugueteó con los bordes del mapa que llevaba colgado del cinto, uno de los atributos de las errantes. Sabía que en aquellos instantes el edificio se estaría llenando con los protectores del reino y el resto de los personajes prominentes de Estela. También sabía que dentro de poco la Cámara estaría preparada para el ritual previo a la votación. De hecho, había dejado el encargo de que le avisaran cuando su presencia fuera requerida, pero antes necesitaba aquellos instantes a solas con sus reflexiones y la presencia de Nolan.

Una presencia que no acababa de abandonar palacio, por mucho que algunos lo intentaran.

—No sé si he tomado la decisión correcta —le confió a Nolan—. Tengo la sensación de que es la menos mala, pero no la correcta. Aunque está claro que plantearse eso ahora carece de sentido, porque, como siempre, me he quedado sin tiempo para dudar.

Nolan se hubiera reído de sus palabras.

Nolan siempre se burlaba de su manera de darle vueltas a cada mínimo detalle, de estudiar cada posibilidad, pero a la vez la respetaba, porque sabía que necesitaba a alguien como Irana a su lado. El marqués era su perfecto contrapunto en todos los sentidos. Probablemente por eso el príncipe había confiado en él desde que se conocieron, poco después de que Clovis llegara a la corte.

Se levantó, inquieto por sus propios recuerdos, y empezó a pasear por la habitación. Sus botas apenas hacían ruido debido a que el suelo estaba cubierto por una cálida alfombra. Los aposentos de Nolan siempre habían sido elegantes y nada austeros, como él mismo. Curiosamente reinaban los tonos fríos y los ornamentos en plateado, no como en el resto del palacio, en el cual imperaba el dorado. El príncipe tenía pinturas, un gran ventanal, sillones blancos y las paredes forradas de todo tipo de libros.

Irana instintivamente se paró delante del único espejo de cuerpo entero que había.

Su reflejo le devolvió una mirada seria enmarcada por los rasgos ambiguos que hacían del marqués alguien inconfundible en la corte. Su pelo negro, que suelto llegaba hasta la cintura, iba perfectamente recogido en una trenza. Una barbilla afilada enmarcaba una boca marcada por la preocupación, mientras sus ojos claros parecían más nublados que de costumbre.

Sabía que sus rasgos hacían que su mente fuese aún más difícil de leer, y por ello solía dar las gracias. Aunque en ocasiones no le hubiera importado tener una apariencia menos frágil, como la del imponente rey Fobos o la del propio Nolan, había aprendido a usar el desconcierto que provocaba su androginia a su favor. Recordaba las palabras del príncipe: «Nadie diría por su apariencia que el diamante es el más duro de todos los materiales. La auténtica fortaleza es la que no puede ser vista. Esa es la que yo veo en ti».

—Que las trayectorias de las errantes no puedan ser comprendidas no significa que no tengan sentido —se dijo.

Siempre era igual. Tenía aquella capacidad innata de ver todas las bifurcaciones del camino, pero al final se decidía por una y la seguía hasta el final. La decisión estaba tomada desde hacía bastante tiempo, y ahora no iba a fallar a los que esperaban que la llevara a cabo.

Volvió junto al cuerpo de Nolan, más confiado. A simple vista era casi imperceptible, pero respiraba. Los médicos le habían jurado muchas veces que respiraba, que era como si estuviera profundamente dormido. Al menos en lo físico, porque mentalmente... Irana sabía mejor que nadie que, mentalmente, el sueño del príncipe sería de todo menos tranquilo.

Un sueño que duraba más de dos veranos.

Más de dos veranos de Estela sin heredero.

Más de dos veranos de la Purga.

Más de dos veranos escogiendo en solitario el mejor camino de acción.

—Solo espero que Reira... —Rectificó—: En realidad, solo espero que la tirana cumpla con su parte. Con eso tendremos parte del camino recorrido.

Uno hubiera podido preguntarse cómo Clovis de Irana seguía siendo leal a alguien que llevaba más de dos veranos sin

despertar, pero la verdad era que el marqués ni siquiera se había planteado otra opción.

Oyó ruido al otro lado de la puerta. Con un suspiro, se levantó y fue hacia ella, la tela parda de su túnica de errante agi-tándose a su paso. Abrió.

El guardia del palacio que estaba al otro lado, a punto de llamar, se sorprendió por un instante, pero recompuso rápido su expresión.

—Me mandan a avisaros, marqués.

Irana cogió aire y entrecerró los ojos.

—¿Ya es la hora? —preguntó.

El guardia no necesitó más palabras para entenderle. Asintió.

—Os están esperando.

El aludido se volvió una vez más hacia el príncipe. Su silueta tendida en la cama fue lo último que vio antes de salir de la habitación y cerrar la puerta a sus espaldas.

Se sentía nervioso, sí, pero también con más resolución que nunca. Su plan estaba trazado perfectamente y, aunque había algunos cabos sueltos, Clovis creía en él. Siempre había tenido un talento especial, una especie de clarividencia, para saber qué le convenía al reino de Estela; una clarividencia que le había llevado al puesto que ostentaba incluso a pesar de sus numerosos enemigos.

Y el tiempo siempre le daba la razón al marqués.

Puede que el propio guardia de palacio notara el cambio de su aura, porque, aunque siguió acompañándolo retrocedió un par de pasos, marcando la diferencia entre ambos. En cualquier otro momento, Irana, el gran defensor de tratar igualitariamente a todos con indiferencia de su posición social hubiera protestado, pero en aquel instante se encontraba demasiado concentrado como para notarlo.

Recorría los pasillos del palacio de memoria. Si se hubiera fijado, se hubiera dado cuenta de que todo estaba incluso más limpio y cuidado de lo normal y de que el movimiento de la estructura de la esfera armilar era más lento que de costumbre, como gesto de consideración hacia los pies y el equilibrio de los visitantes.

La habitación del príncipe estaba en una de las órbitas horizontales interiores, unida al centro de la esfera, la Cámara, por una serie de largos pasillos. El palacio era un laberinto de galerías con grandes ventanales y techos de cristal para poder ver desde cualquier punto el cielo nocturno.

«Reina sobre los hombres, pero inclínate ante las estrellas».

Irana avanzaba por el edificio como quien era: el hombre capaz de echar por tierra todas las tradiciones del reino de Estela.

Seguía preguntándose cómo podía ser que Fobos le hubiera dejado llegar hasta aquel punto, siendo su presencia en palacio para el rey, literalmente, como una patada en el estómago.

La tela de su túnica parda rozaba sus tobillos. El peso del mapa y de la daga le recordaba lo importante. Era una errante. Y, como tal, se sabía libre de tomar sus decisiones.

Le hizo un gesto al guardia para indicarle que ya podía separarse de él. El sirviente quiso protestar, pero la mirada de Irana no admitía réplica.

Se quedó frente a una puerta sin hoja, tan solo cubierta por una cortina negra. Detrás de ella, el marqués podía oír la algarabía propia de la grada de los populares, siempre animada. Aquella puerta era la que utilizaban las errantes para entrar en la Cámara.

Sabía que era el último en llegar de su facción y probablemente el penúltimo en toda la sala superado solo por el rey, pero le daba igual. Estaba demasiado acostumbrado a recibir miradas contrariadas.

«Piel gruesa, inteligencia afilada, sangre caliente», solía decir Nolan. El marqués sabía que al menos tenía las dos primeras.

Así que ni siquiera tomó aire antes de retirar un poco la cortina y entrar en la Cámara. El destino de Estela y, especialmente, el de Nolan y Reira estaba en sus manos, y él se sentía lo suficientemente fuerte como para soportarlo.

OTROS TÍTULOS DE FANDOM BOOKS

Los niños de Willesden Lane
Mona Golabek y Lee Cohen

Tras las llamas
Will Hill

Internamiento
Samira Ahmed

Virtuales
Sarvenaz Tash

Reinas Geek
Jen Wilde

Estrella de mar
Akemi Dawn Bowman

Somos seres alados
Michelle Ruiz Keil

Like. Azul
Gemma Pasqual i Escrivà

Una sombra latente

Katharyn Blair

Llama al halcón

Maggie Stiefvater

El amor y otras maldiciones

Sandhya Menon

Cenicienta ha muerto

Kalynn Bayron

Fábulas feroces

Nikita Gill

Stay Gold

Tobly McSmith

Todos hablan de ella

L.E. Flynn

Sin amor


Alice Oseman

Tres

Haizea M. Zubietta



#TÚHACESFANDOM



¿LO QUE PENSAMOS
E IMAGINAMOS EXISTE
EN NUESTRO MUNDO, EN OTRO
O NO EXISTE EN ABSOLUTO?

En una isla gigantesca conviven tres reinos completamente diferentes. El primero es Nevásile, el de la fortaleza y la acción, que rige Loto, la Tirana bajo el Sol. El segundo, pequeño y aún así temible, es Lópreni, gobernado por los Tres Generales. El tercero es Estela, el verdadero reino, que rinde culto al firmamento, cuyo heredero al trono lleva dos años sumido en un profundo sueño del que nadie sabe cómo hacerle despertar. Ahora, la Cámara debe votar si convertir a la princesa Reira en la futura reina. Una historia de traiciones y alianzas que engancha desde las primeras páginas.

«Alba Quintas es una fuerza de la naturaleza, un verdadero (y raro) espécimen de las letras, un volcán que apenas está soltando toda la lava que lleva dentro. Su energía es demoledora». Jordi Sierra i Fabra, autor de *Parco*

5500039

ISBN 978-84-18027-44-4



9

7 8 8 4 1 8 0 2 7 4 4 4



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es